

SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTORA HONORIS CAUSA DE  
**ANA BLANDIANA**

---

Universidad de Salamanca, 2 de julio de 2021

 LAUDATIO DE LA DRA. ANA BLANDIANA POR EL PROF. FERNANDO SÁNCHEZ-  
MIRET

Es un honor representar hoy en esta tribuna al Área de Filología Románica, al Departamento de Lengua Española y a la Facultad de Filología en este solemne acto que nos brinda la oportunidad de tener otra vez entre nosotros, y para hacerla ahora todavía más nuestra, a la escritora rumana Ana Blandiana.

No debo, ni quiero ocultar que para mí se trata de un honor inesperado e inmerecido, porque el auténtico cordón umbilical que une a Ana Blandiana con la Universidad de Salamanca es la profesora Viorica Patea, que generosamente me ha cedido el privilegio de presentar brevemente ante ustedes los méritos y la trayectoria de una mujer excepcional, como es Otilia Valeria Coman, a la que el mundo conoce como Ana Blandiana.

Ana Blandiana es probablemente la poeta europea más importante en la actualidad. Y esto es así tanto por la calidad y alcance de sus obras como por los premios y reconocimientos que ha recibido de parte de la crítica, de las instituciones y del público lector.

Ana Blandiana nació en 1942 y con solamente 17 años su producción poética ya había provocado tanto desasosiego en el gobierno de la época, que le prohibieron publicar durante un tiempo. Años más tarde siguieron otros dos períodos de prohibición bajo el gobierno de Nicolae Ceaușescu. Pero a pesar de estas dificultades, su obra, que en varios momentos circuló de manera clandestina en Rumanía, llegó a convertirse en un símbolo de libertad.

Hasta el momento Ana Blandiana ha publicado 14 volúmenes de poesía, una novela, dos colecciones de relatos, nueve libros de ensayos y cuatro volúmenes de poemas para niños.

Su lengua materna es el rumano. En el conjunto de las lenguas del mundo, e incluso en el marco de sus hermanas, las lenguas romances, es una lengua, si quieren, pequeña, pero que, con su mezcla de una tonalidad claramente latina y algunas modulaciones, alteraciones y adornos húngaros, alemanes, eslavos, turcos o griegos produce una partitura que cautiva a todos los que nos hemos acercado a ella. Para hacer accesible esa melodía rumana más allá de sus fronteras, las obras de Ana Blandiana se han traducido a 24 lenguas.

Ana Blandiana es ante todo una escritora onírica y su poética se fundamenta en la concepción de la existencia como misterio. En su poesía Ana Blandiana emprende la búsqueda del secreto de esa existencia misteriosa. “Para mí [dice nuestra autora], la poesía es el avance lógico de palabra en palabra, de piedra en piedra, sobre la tierra firme, hasta un lugar en el que el significado se abre de repente de manera inesperada sobre el vacío y se detiene conteniendo el aliento”.

La escritura para Ana Blandiana es un proceso de descubrimiento de la realidad que lleva aparejado un compromiso ético: la realidad que no se ve, el misterio intuido coloca al individuo en una posición nueva, pura y firme que no le permite cerrar los ojos.

Lo que Ana Blandiana ha visto en ese lado del misterio lo ha transmitido en palabras que la han hecho acreedora a numerosos premios dentro y fuera de su país. Voy a mencionar solamente cuatro:

- 1982- *Premio Internacional Gottfried Herder, Universidad de Viena*
- 1997- *Premio Nacional de Poesía Mihai Eminescu*
- 2007- *Premio Internacional de Poesía de la ciudad de L’Aquila*
- 2018- *Griffin Lifetime Recognition Award for Excellence in Poetry*, de la ciudad de Toronto, Canadá

Junto a su producción literaria, que posee por sí sola la calidad y el reconocimiento universal que la hacen merecedora del doctorado honoris causa de nuestra universidad, uniéndose así a otros escritores como Pablo García Baena (2017), Mario Vargas Llosa (2015), Miguel Delibes (2008) y José Saramago (2000), Ana Blandiana posee otra vertiente igualmente digna de reconocimiento.

Me refiero a su dimensión cívica. Ya he aludido al hecho de que Ana Blandiana se convirtió pronto en un símbolo de oposición y resistencia a la dictadura comunista rumana.

Más tarde, en los primeros días de la revolución de 1989, fue incluida, junto a otros opositores, en el Consejo del Frente de Salvación Nacional, pero dimitió tres semanas más tarde, al darse cuenta de que su presencia era una simple operación de manipulación propagandística. Ana Blandiana nunca se ha dejado vencer por los halagos del poder y ha querido ser fiel a sus convicciones y a su libertad. Fundó y presidió durante diez años la Alianza Cívica, que fue un movimiento que luchó por la creación de una sociedad civil comprometida con su propio destino. Hay que destacar que las labores de esta Alianza Cívica fueron decisivas para la entrada de Rumanía en la Unión Europea.

En 1993 fundó también el «Memorial de las Víctimas del Comunismo y la Resistencia», que sigue dirigiendo en la actualidad. Ubicado en la ciudad de Sighet, al norte de Rumanía, el Memorial no es solo un museo donde se rinde homenaje a las víctimas, sino que se compone de un centro que organiza una Escuela de Verano y de un Instituto de Investigación. Y tiene como lema la siguiente frase de nuestra doctoranda: «Mientras la

justicia no logre ser una forma de memoria, la memoria sola puede ser una forma de justicia».

Esta continuada actividad en pro de la libertad y los derechos de la sociedad civil la han hecho acreedora a otra serie de distinciones de las que quiero destacar dos:

- En 2009, por su contribución a la cultura europea y por su lucha contra la injusticia, Blandiana fue condecorada con la más alta distinción de la República Francesa, la *Légion d'honneur*.
- En 2014 la embajada de los EE.UU. en Bucarest le concedió el *Romanian Women of Courage Award*.

Al inicio de mi intervención he aludido al hecho de que esta no es la primera vez que Ana Blandiana cruza los umbrales de nuestro estudio. Hace ya algunos años la acogimos a pocos metros de aquí, en el aula Miguel Unamuno, y en varias ocasiones ha realizado lecturas de sus poemas en la Facultad de Filología. De hecho, Ana Blandiana tiene una estrechísima vinculación con la Universidad de Salamanca, porque casi todas las traducciones al español de su obra han tenido como protagonista a nuestra colega, la profesora Viorica Patea, que ha sabido sembrar la pasión por la obra de Ana Blandiana en no pocos de nuestros compañeros y que ha embarcado en la traducción de su obra poética a dos poetas como son Antonio Colinas y Natalia Carbajosa.

En definitiva, son muchas las personas y las instituciones que han hecho posible que estemos hoy aquí celebrando esta ceremonia de las ciencias y las artes. A todas ellas les expreso mi agradecimiento. Pero a nadie se le oculta que el acto de hoy es algo distinto a lo que era habitual y todos sabemos que esto es debido al desafío multidimensional que la pandemia nos ha puesto delante.

En este contexto que tanto nos preocupa a todos se percibe más claramente que la universidad es y debe ser siempre un motor clave del conocimiento integral. Ana Blandiana comparte con nosotros, los universitarios, el deseo de saber y comprender, porque como ella dice: “yo formo parte, o creo que formo parte, de esas criaturas a las que solamente puede destruir algo que no son capaces de entender”. Por eso les ruego que toleren un poco de incongruencia y vanidad por mi parte al permitirme que, en lugar de acudir a los versos de nuestra doctoranda, termine leyéndoles el final de un relato de Ana Blandiana en la traducción que Viorica y yo hicimos (una traducción que, por cierto, casi acaba en tragedia, porque en nuestras discusiones no pocas veces parecía que yo quería saber más rumano que ella y ella más castellano que yo). El texto que quiero leerles me parece adecuado a las circunstancias que vivimos. Se trata del último párrafo de un relato cuyo título es «Proyectos de pasado» y en el que se narra la experiencia de un pequeño grupo de personas detenidas sin motivo conocido y deportadas durante once años a una especie de isla rodeada de tierra baldía en la que se ven abandonadas a su suerte, como en una colonia penitenciaria sin guardianes ni alambradas, pero de la que no pueden escapar. Esta situación, absurda, incomprensible e inquietante, se traduce en una experiencia que transforma a los que la sufren. Al final del relato, de manera inesperada y sin recibir

explicación alguna, este grupo de personas es devuelto a su sociedad de partida. El último párrafo, que me dispongo a leerles, explica la actitud de uno de los personajes ante la existencia recobrada, algo que podría asemejarse a eso que ahora nosotros llamamos “la nueva normalidad”, un concepto cuya dimensión creo que no hemos calibrado todavía. Les propongo este texto para que, a partir de las palabras de una escritora que mira la realidad y quiere comprender sus misterios, reflexionemos como individuos y también como institución universitaria sobre qué lecciones y qué consecuencias podemos extraer de la situación actual:

“Solamente el tío Emil se negó a regresar a la cátedra de Historia. Prefirió ser maestro de escuela, enseñar a los niños a escribir la «b» con la «a», «ba» y a aprender de memoria la tabla de multiplicar. Esto le ocupaba solo una pequeña parte de su espíritu. Todo el tiempo libre lo pasaba en su huerto, que llegó a ser su pasión, y de noche, durante los largos insomnios que ninguna prescripción médica lograba vencer, leía sin cesar, con una especie de placer insaciable, casi beatífico. En numerosas ocasiones me confesó que lo único que había echado de menos y que no había podido reemplazar en su larga aventura era la lectura, pero, extrañamente, no la lectura como acto de conocimiento; no echaba de menos el contenido de los libros leídos que, por lo demás podía recordar, ni el de los que le quedaban por leer, con los cuales podía soñar, lo que le faltaba era el acto de leer en sí. En cuanto a la isla, ha quedado presente en su vida para siempre. No solo no ha hecho ningún esfuerzo por olvidarla, sino que ha mantenido por todos los medios el recuerdo vivo de esta célula arquetípica de vida, que consideraba una experiencia iniciática, y que, en la medida en que las nuevas condiciones se lo permitían, trataba siempre de revivir. Idealizaba cada vez más este sufrimiento y, a medida que envejecía, contraponía el sufrimiento violento de esta experiencia límite a la mediocridad de la vida actual, construyendo con una fruición incansable unos cada vez más fantásticos e ideales proyectos de pasado.”

Muchas gracias.